

La filosofía: positivismo/antipositivismo

L U I S F A R R E

EN LA UNIVERSIDAD Nacional de Córdoba se graduó de doctor en filosofía. Desde 1947 hasta 1957 fue profesor de estética y de historia de la filosofía antigua en la Universidad Nacional de Tucumán. En 1957 obtuvo por concurso las cátedras de filosofía antigua y filosofía medieval en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata. En la misma casa de estudios es también, desde 1960, profesor de antropología filosófica con dedicación exclusiva. LIBROS: Estética, Cincuenta años de filosofía en la Argentina, Teoría de los valores y filosofía antigua, Categoría estética y antropología filosófica, entre otros. Publica asiduamente en varias revistas filosóficas y culturales del país y del extranjero. Colaborador del diario "La Nación", de Buenos Aires. Ha dictado numerosas conferencias sobre temas de su especialidad en la Capital Federal y en ciudades del interior.

LA evolución cultural, en cualesquiera de sus aspectos, es casi siempre progresiva, con rapidez mayor o menor, de acuerdo con las circunstancias. Un cambio total, incluso en las revoluciones más enérgicas y mejor programadas, sólo en apariencia destruye lo tradicional, por estar profundamente arraigado, modificará las novedades y las constreñirá a que no le sean totalmente adversas. Es una norma que advertimos especialmente en la zona de las ideas y de los valores. El filosofar de un pueblo, naturalmente, no puede ser una excepción. Entiendo por este tipo de filosofar una concepción del universo y del hombre preferida por los más destacados pensadores en una época determinada. Me referiré en este artículo al positivismo argentino y a las consiguientes réplicas, ocasionales o sistemáticas, a que dio lugar. Ocurre dentro de los años, no demasiado precisos, de 1880 a 1930. Es un período en que prevalecen doctrinas emparentadas con los diversos sistemas de positivismo europeo, ya por entonces en decadencia, simultáneamente con preferencias

que son un desvío o notable modificación de aquél. A veces el afán de clasificación o la ausencia de un adecuado conocimiento de las doctrinas ha inducido a que cataloguen a los últimos como reacción antipositivista. Confieso que no está totalmente exenta de esta falla la apreciación que, años atrás, yo mismo hiciera de la filosofía argentina ¹.

Una abierta reacción antipositivista, de hecho extemporánea, sólo tuvo lugar ya muy entrado el siglo xx, cuando en algunos sectores las simpatías por una filosofía basada en la experiencia y en la ciencia se habían diluido en doctrinas que defienden fervorosamente la metafísica y la espiritualidad. Y este tipo de reacción, agregaré, no responde a la necesidad de combatir ideas que ya prevalecían, sino a exigencias intrínsecas de una modalidad filosófica, el escolasticismo, que vigila y rechaza cualquier sistema, no sólo el positivismo, simpatizante con opiniones adversas a una metafísica que fundamente una trascendencia auténtica.

El positivismo en nuestro país, cumplida su misión cultural, que sería muy injusto desconocer, iba perdiendo rigidez, incluso en adictos como Carlos Octavio Bunge (1875-1918) y José Ingenieros (1877-1925). Pero no advertimos, sino sólo en expresión, en frase irónica, por ejemplo en Coriolano Alberini, un conjunto ideológico que lo combata seriamente. Tan extensa y profundamente se había difundido por el país que de hecho nadie, a no ser un advenedizo extraño del todo a su cultura, podía desatenderlo. Fue realidad argentina en el más amplio sentido; político, educacional, jurídico, literario y hasta ambiental y costumbrista. Para explicar una presencia tan envolvente que, por otro lado, no fue privilegio de la Argentina, sino que, tal vez en menor medida, tuvo lugar en otras naciones americanas, reconozcamos que expresó precisamente lo que requería el momento histórico que se estaba viviendo.

La Argentina, durante el siglo xix, despertaba del sueño colonial. Había llegado el momento de atender a su estructura histórica concreta. No estaba gobernada por extraños y experimentaba el regocijo de valorizar o, por lo menos, de depurar ideas, sistemas, métodos de vida y hasta apreciaciones científicas y culturales que nunca asimilara totalmente. El positivismo constreñía a lo presente, a las exigencias de lo que ahora es y acontece, apagadas las ensoñaciones metafísicas. Que a veces fue extremado, no dejaré de reconocerlo; pero era un extremo que replicaba al otro extremo

¹ Me refiero principalmente a mi libro, *Cincuenta años de Filosofía en Argentina*, Ediciones Peuser, 1958, Capítulos III, IV y V. También a los ensayos, "Diez años de filosofía argentina", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, enero-marzo de 1950, pp. 141-222 y "La filosofía en Argentina", *Revista de Filosofía*, Madrid, t. XII, N° 44, 1953.

La filosofía

que había prevalecido durante siglos. Es en este sentido que Sarmiento y Alberdi pueden ser calificados de positivistas.

Sin embargo, reconocidas sus ventajas circunstanciales, no era conveniente, para el progreso y la evolución del país, su estabilización. No obstante la profecía optimista de José Ingenieros, de que expresaba adecuadamente la modalidad argentina, llegó un momento en que debió ceder el paso a sistemas menos terminantes y que abarcaran en todas sus dimensiones las inquietudes del espíritu humano. Con todo, creo que un filósofo argentino no debe olvidar estos orígenes y, menos todavía, rechazarlos como si hubieran sido retroceso u obstáculo.

La simple insistencia en el filosofar hubiera avanzado más allá del positivismo. Contribuyeron, además, la vitalidad y el dinamismo con que el país se iba gestando a fines del siglo XIX y principios del XX. Fue la época de la gran apertura hacia Europa y Estados Unidos. Nos visitaron personajes de otras naciones, filósofos, científicos y literatos, quienes, en conferencias y por su sola presencia, despertaron nuevas inquietudes. Es un aspecto que ha puesto muy de relieve Coriolano Alberini quien vivió fervorosamente estos intercambios. Por otro lado, también eran más frecuentes e inquisitivos los viajes de argentinos, especialmente a Francia, cuna del positivismo pero, ya por aquel entonces, agitada por otras problemáticas. Y agrégase, finalmente, la ingente inmigración portadora de tradiciones ideológicas que, por lo menos, obligaban a la confrontación.

CARÁCTER DEL POSITIVISMO ARGENTINO

De buen grado, me adhiero a las siguientes palabras de Francisco Romero quien, refiriéndose al positivismo, escribía: "Va llegando la ocasión de la crítica serena y comprensiva, que juzgue principios y doctrinas, que tome en cuenta los valores duraderos, que estime la significación de sus hombres, muchos de los cuales unieron al ejercicio de las ideas una notable preocupación por el bien público, y de quienes ha recibido una contribución inolvidable el progreso intelectual y social del país"².

Se ha repetido en exceso, y Alberini es en parte reponsable de ello, que nuestros positivistas no fueron sino importadores de sistemas que, ya en Europa, estaban en franca decadencia, sino superados. Por de pronto, no es misión del filósofo buscar a todo trance la originalidad, sino adhe-

² FRANCISCO ROMERO: "Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina", en *Cuadernos Americanos*, enero-febrero, 1950, pp. 93-115.

rirse a aquellos conceptos, procedan de donde procedan, que le resulten más convincentes. Nuestros positivistas, en una época en que las tareas especulativas eran muy escasas, transfirieron para el análisis de nuestros problemas un sistema y un método, ciertamente de origen extranjero; aunque, a su parecer, el más adecuado para comprender la realidad y el ambiente en que vivían.

No fueron, sin embargo, miméticos, repetidores de lo que otros dijeron, ausentes de sentido crítico. Dada la oportunidad, expresan su disconformidad, incluso frente a enfoques clásicos; y, sobre todo, advertimos un noble afán de comprobar en hechos la validez de las doctrinas. De ahí su constante preocupación por cuestiones pedagógicas, económicas, sociológicas, psicológicas y cuanto, en alguna forma, significaba evolución y progreso en una Argentina a la búsqueda de conseguir una expresión noble y digna en el conjunto de las demás naciones. Es uno de los méritos del libro de Ricaurte Soler³, en el concienzudo análisis que hace de nuestro positivismo, haber puesto de realce este aspecto.

Formados en una generación surgida del colonialismo y, por lo tanto, eufórica por la libertad, no podían admitir las formas excesivamente mecanicistas y duras de algunos pensadores europeos y, menos todavía, el determinismo evolucionista. Aníbal Ponce, amigo, discípulo y continuador en parte de la obra de José Ingenieros ve en éste “el punto de partida de dos modas filosóficas: la del positivismo expirante, que le precediera, la del espiritualismo naciente que le sucedió”⁴. A Héctor P. Agosti le insatisface la inclinación de Ingenieros a formular una metafísica: “el robusto pensador científico se internaba en la selva sorprendente de las creencias...”⁵. Ciertamente, Ingenieros anuncia una metafísica en *Principios de psicología*, la estructura con mayor decisión en el ensayo *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía* y promete ulteriores ampliaciones en libros y artículos que no llegó a escribir, truncadas tales esperanzas por la muerte⁶. La sola mención del vocablo metafísica hubiera escandalizado a un pensador positivista de la escuela francesa, precisamente cuando Comte escribió su sistema para superar y vencer toda tendencia trascendente.

³ RICAURTE SOLER: *El positivismo argentino, pensamiento filosófico y sociológico*. Imprenta Nacional, Panamá, 1959.

⁴ ANÍBAL PONCE: “José Ingenieros, su vida y su obra”, en *Revista de Filosofía*, enero de 1926, año XII, p. 1.

⁵ HÉCTOR P. ACOSTI: *José Ingenieros, ciudadano de la juventud*, Edit. Futuro, Buenos Aires, 1945, p. 105.

⁶ Intento demostrarlo en el libro *Cincuenta años de Filosofía en Argentina*, edic. cit., pp. 77-82.

La filosofía

El representante más notorio del sistema, J. Alfredo Ferreira (1863-1938), teme que los adherentes al positivismo se estanquen en las doctrinas de Augusto Comte. En una carta enviada a Emilio Corra y Augusto P. Edgar, dice: "se hace girar demasiado a la humanidad alrededor de Augusto Comte, cuando debería ser al revés. El hombre es poco; aun el grande hombre es una abstracción"⁷. En el mismo Agustín Alvarez (1857-1914), preocupado de extraer del positivismo una moral, comprobamos que, por vías indirectas, regresa a algunos principios que verbalmente repudiaba, pues no es raro encontrar en sus obras influencias evangélicas⁸.

Florentino Ameghino (1854-1911) opina que la evolución culmina con el hombre; y que en éste se podrá establecer una especie de inmortalidad: "Creo que al hombre le será dado algún día retardar poco menos que indefinidamente la producción de ese fenómeno que se cree debe llegar fatalmente en determinada época de la vida (la muerte)"⁹. Carlos Octavio Bunge, quien intentaba erigir una metafísica positivista basada precisamente sobre los datos psicobiológicos primigenios, admitía una realidad incognoscible. Carlos Octavio Bunge, lo mismo que Rodolfo Senet, lejos de atenerse a un estricto determinismo cree en la posibilidad de lo imprevisible. Instintivamente, el positivismo argentino rehusa aquellas teorías que podrían ser una mengua para una libertad auténticamente interpretada.

Ha sido Ricaurte Soler, un panameño, quien ha estudiado más en detalle este aspecto de nuestro positivismo; aunque no podría estar de acuerdo con todas sus conclusiones. Es cierto, como escribe, que "El positivismo argentino no se presentó dependiente, ni como continuación, sino como superación del mecanicismo de Spencer, superación que trajo consigo el desarrollo de concepciones evidentemente anti-intelectualistas"¹⁰. He aquí uno de los aspectos digno de analizarse a fondo en nuestro positivismo, mal interpretado, a mi parecer, no menos por quienes lo consideran como una decidida reacción antiespiritualista o por quienes lo condenan, apenas sin conocerlo, como materialista, determinista y mecanicista.

⁷ La carta se encuentra en el libro *Iniciación positivista*, filosofía de la ciencia y moral social, Biblioteca Racionalista, Buenos Aires, 1938.

⁸ AGUSTÍN ALVAREZ: *La creación del mundo moral*, segunda edición con una introducción de Joaquín V. González, La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1915.

⁹ FLORENTINO AMEGHINO: *Doctrinas y descubrimientos*, especialmente *Mi Credo*, (pp. 237-262), La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1915.

¹⁰ RICAURTE SOLER, obra citada, p. 256.

SUPERACIÓN DEL POSITIVISMO

Tal es el carácter de nuestro positivismo: holgado, abierto, dispuesto a aceptar conclusiones o problemas que las clásicas escuelas europeas rechazaban apriorísticamente, casi como una exigencia fundamental. No busquemos, por lo tanto, en los pensadores que les fueron más cercanos y que no participaron de sus doctrinas, propiamente una reacción. Comprobaremos disconformidad parcial, no un decidido propósito de combatir doctrinas con las cuales, a veces, estaban de acuerdo. Comprendían intuitivamente y algunos lo declaraban, por ejemplo Alejandro Korn, que un cierto positivismo fuera una modalidad mental lo más apropiada para el momento histórico argentino, y punto de partida para un filosofar serio.

Pensemos en Rodolfo Rivarola (1857-1942), primer profesor de filosofía, año 1896, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Su larga existencia, vivió ochenta y cinco años, permitiéndole seguir el auge y predominio del positivismo, y luego su paulatino oscurecimiento¹¹. Fue hombre dotado de un fino sentido crítico y, por ende, comprendía la imposibilidad de quedar retenido en un filosofar poco afecto a la especulación. Concedor de Kant, Schopenhauer, y Bergson, está, sin embargo, muy dispuesto a ensalzar los méritos de Herbert Spencer, Lévy Brühl y Emile Durkheim y otros muy afectos al positivismo. No logrará convencerlo, excepto en aspectos que no afectan la raíz esencial de su filosofar; adoptó más bien una actitud de crítica imparcial y de ponderación. El Spencer que admira no es el clausurado en un sistema, sino el abierto a posibilidades de conocimiento que incluso pueden ser el antípoda intelectual de sus ideas. No quiere ceñirse a los hechos; considera que la inteligencia, a través de ellos, puede vislumbrar un mundo de conceptos que no serán menos reales, aunque no pueden demostrarse mediante las ciencias positivas.

Menos todavía podría considerar reacción antipositivista al pensamiento de Alfredo Franceschi (1886-1942), autor de un *Ensayo sobre la teoría del conocimiento*¹². Reivindica el realismo, sin que se profese distintamente aristotélico o tomista. Es una serena voz argentina que se une a la de eminentes pensadores europeos, como la de Nicolai Hartmann, que vuelven por los fueros de una tradición filosófica que se desviara con las sutilezas extremas del idealismo y con la ingenuidad, exenta de profundi-

¹¹ RODOLFO RIVAROLA: *Escritos Filosóficos*, edición y palabras preliminares de Luis Juan Guerrero, Instituto de Filosofía, Buenos Aires, 1940.

¹² Publicado por la Universidad Nacional de La Plata, año 1925.

La filosofía

dad, del positivismo. Reconocía, sin embargo, que pensadores como Hume y similares, afectos al empirismo, obligaron a un tipo de filosofar que tuviera en cuenta los postulados de la ciencia. Lo comprueba él mismo en el análisis del movimiento donde simpatiza con las ideas entonces prevaletes de Einstein. Su realismo mal podía ser decididamente antipositivista, cuando acude de continuo a las enseñanzas del sentido común y de la ciencia.

Tal vez alguien piense en el espiritualismo de Alberto Rougés (1880-1945) como una clara reacción antipositivista. Al igual que en los dos autores mencionados, hay en él, desde que se iniciara en el filosofar, propósitos de más amplia apertura. Se puede advertir en una obra poco conocida, su tesis doctoral, donde inquiere por el *valor psíquico absoluto*. Hay en esta tesis un evidente esfuerzo por querer superar el relativismo de la valoración, malograda por el estrecho círculo de autores a que podía por entonces acudir, casi todos positivistas, como Ribot y Spencer. Fue Rougés un asiduo lector de filosofía, sin olvidar a los clásicos; pero, sobre todo, un pensador. No podía atenerse a las normas positivistas, pero, simpatizante de Bergson, tampoco desconocía lo que significara para un filosofar más aplomado¹³.

La vocación filosófica del país, en los dos primeros decenios del presente siglo, fue oscilante y confusa. Los problemas especulativos no interesaban directamente, convertidos en directa reflexión de la mente; se presuponían para hacer sociología, derecho, economía, etc. Quedaban subordinados a la practicidad o eran supuestos, apenas discutidos, de disciplinas culturales. Actitud explicable en el siglo pasado y principios del actual; y sólo bajo este aspecto podríamos admitir la opinión de Alberdi, de que la mentalidad argentina es esencialmente práctica y no siente interés por la especulación pura. Los tres pensadores y otros que podríamos agregar, Luis Juan Guerrero (1896-1956) y Saúl Taborda (1885-1945), mostrarían como, sin renunciar totalmente a los beneficios de un positivismo amplio, se iba estructurando una filosofía más seria y profunda.

No hay en este período una decidida oposición al positivismo. Existen divergencias, críticas parciales; pero casi todos dan por supuesto que su influencia fue, por lo menos parcialmente, beneficiosa. Una reacción total y formal hubiera tenido lugar en el supuesto de que prevaleciera la filosofía escolástica. Esta, a lo más, se enseñaba en conventos y semina-

¹³ ALBERTO ROUGÉS: *Las jerarquías del ser y la eternidad*, Universidad Nacional de Tucumán, 1942. Sobre Rougés, ver el estudio exhaustivo de Diego F. Pró, *Alberto Rougés*, Valles Calchaquíes, 1957.

rios; pero no toma estado público hasta muy entrado el siglo xx, cuando el positivismo de hecho había dejado de ser predominante. Recién en 1927, se creó en la Universidad de Buenos Aires la cátedra de Filosofía Medieval, siendo su primer profesor el doctor Tomás D. Casares (n. 1895) quien exponía más bien el neotomismo del Cardenal Mercier, especialmente en ontología y criteriología. Pensadores escolásticos meritorios, como Derisi, Sepich, Castellani y Meinvielle no tenían necesidad de combatir un positivismo inexistente, cuando otras doctrinas no menos adversas a la filosofía católica estaban difundándose en los ambientes cultos argentinos.

EL ANTIPOSITIVISMO DE KORN Y ALBERINI

Hay dos hombres que contribuyeron a la ampliación de nuestra filosofía, tanto por las doctrinas que enseñaron como por la influencia ejercida en los ambientes universitarios: Alejandro Korn (1860-1936) y Coriolano Alberini (1886-1958). Pero ambos, especialmente Korn, reconocieron los méritos del positivismo y no pudieron librarse totalmente de su influencia. El platense conservaba innegables afinidades con el mismo; era, sin embargo, un pensador suficientemente agudo para darse cuenta de que las ideas no debían quedar encerradas entre las mallas de un sistema evidentemente pobre y que no satisfacía los anhelos especulativos de un auténtico filosofar.

Lo somete directamente a análisis, para comprenderlo mejor y, en lo que fuera posible, aprovecharse de aquellos aspectos que pudieran contribuir al progreso. Distingue en el mismo tres grandes doctrinas, expresadas por Comte, Spencer y Marx que son, por otra parte, los que mayor influencia han dejado sentir en Argentina. Considera a Sarmiento, Mitre y especialmente a Alberdi, más que como representantes de un positivismo teórico, entusiastas por el sentido que el sistema daba al progreso y al afán de nuevas conquistas materiales. La generación del ochenta apenas si vio en esta filosofía la confirmación del pensamiento alberdiano. Exige que se reconozcan sus méritos: "No podemos continuar, escribe, con el positivismo, agotado e insuficiente, y tampoco podemos abandonarlo. Es preciso, pues, incorporarlo como un elemento subordinado a una concepción superior que permita afirmar, a la vez, el determinismo del progreso cósmico como lo estatuye la ciencia y la autonomía de la personalidad humana como lo exige la ética"¹⁴.

¹⁴ ALEJANDRO KORN: *Obras*, tres volúmenes, Universidad Nacional de La Plata, 1938-1940, editadas por Francisco Romero, Eugenio Pucciarelli y Aníbal Sánchez Reulet, Volumen III, p. 291.

La filosofía

A su parecer, disminuía al hombre, al reducir la cultura a leyes ineludibles de la materia. Pretendían demostrarlo todo desde una evolución puramente biológica, externa, sin entrar en el estudio de lo que constituye una superación tanto en lo inorgánico como en lo orgánico. Considera también un mito la pretendida unidad de las ciencias. "Las doctrinas positivistas en su intelectualidad exagerada, pese a la previsión de sus más altos exponentes, descuidaron dos hechos reales tan importantes como la necesidad metafísica y el sentimiento religioso que arraigan en la naturaleza racional y afectiva de la especie y no se suprimen con fingir que se ignoran o desdeñan"¹⁵. Pero, advierte: "Su abandono implicaría una recaída en la declaración romántica, funesta sobre todo en las ciencias históricas y sociales"¹⁶.

Doctrinalmente le debe mucho; más de lo que estaría inclinado a admitir quien analizara a la ligera sus doctrinas. Dejo a otros la tarea de ahondar el tema, no menos en Korn que en otros pensadores a quienes, con excesiva ligereza, consideramos poco menos que totalmente ajenos a su influencia. Korn rechaza el valor genérico y abstracto de los conceptos universales. Los últimos son instrumentos que utilizamos en el conocer, simplemente relaciones que, en un esfuerzo imaginativo, aislamos para considerarlos en sí. Un análisis detenido demostraría que en su gnoseología se dan cita tanto el positivismo como el pragmatismo, puesto que el conocer es un quehacer y sólo tiene valor en cuanto tal. Nos explicamos, por tanto, la antipatía que sintiera por Husserl quien tiende a fijar ideas y conceptos estables, independientes y válidos más allá de la conciencia.

La influencia no es menos evidente en su axiología, una de las doctrinas más difundidas y elogiadas por Korn. En definitiva, se reduce a subjetividad, estimación de la realidad: "valoración —escribe, es la reacción de la voluntad humana ante un hecho". Los valores son reacciones del hombre ante el mundo: necesidades que se ve precisado a satisfacer y que organiza en escalas apreciativas. Lo único que considera más o menos estable, en axiología, es el fondo biológico del hombre, aunque de hecho también sometido a la evolución. Los valores en definitiva, se explicarían psicológica y socialmente, conclusión con la cual estarían de acuerdo los positivistas. Algo análogo podría decirse en cuanto a la libertad; no se trata de algo metaempírico, sino simplemente de ausencia de

¹⁵ *Obras*, Vol. II, p. 204.

¹⁶ *Obras*, Vol. II, p. 206.

coerción. Es sólo absoluta como ideal; pero relativa en cada caso particular ¹⁷.

Korn es un filósofo en tránsito. Ve fallas en el positivismo; pero es incapaz de librarse totalmente de su influencia. La lectura de otros pensadores, le ofrece vías de escape; pero sólo los utiliza parcialmente, urgido por extremos que no sabe como conciliar. Las opiniones de Bergson, de Boutroux, de Renouvier y, más a lo lejos, de Kant, Descartes y San Agustín deberían, a mi parecer, haberle otorgado mayor vuelo. Hizo algunas salidas exitosas, aunque se recluía de nuevo, extremadamente temeroso de caer en un dogmatismo antifilosófico.

Es otra la actitud de Coriolano Alberini; aunque, a mi parecer, su antipositivismo ha sido exagerado. De seguro que encontramos en sus escritos, especialmente los destinados a analizar la evolución de la filosofía en Argentina, frases bastante duras contra el sistema ¹⁸. Empeñado más bien en buscar y establecer la relación y la dependencia ideológicas respecto de pensadores europeos, descuidó el detenido análisis de las doctrinas en sí mismas para advertir las peculiaridades y lo que éstas podrían significar para una tradición filosófica nacional. Por otro lado, su crítica e ironía se extendieron más allá del positivismo; no perdonó al diletantismo filosófico ni a los amagos de los pseudo-espiritualistas. Su obra escrita es reducida y difícil de coordinar; pero sin duda, por sus cargos y prestigios fue, como escribió de él Carmelo M. Bonet: "El centinela despierto que avizoraba al horizonte para captar, antes que nadie, las ideas filosóficas dominantes más allá de nuestro campanario" ¹⁹.

Muchas de sus monografías son antes bien de finalidad crítico-analítica. Uno de los mejores trabajos es *El pragmatismo*, no totalmente adverso al sistema, con miras a destacar su significado tanto para los positivistas que exaltaban su forma utilitaria, como para aquellos que se inclinaban por su forma espiritualista. En 1911 publicó una reseña, bastante severa, contra el libro de Carlos Octavio Bunge *El Derecho*, y rechazaba su fundamentación demasiado positivista. Cual fuera, en definitiva, el pensamiento filosófico de Alberini es muy difícil de precisar ²⁰. Donde

¹⁷ Expone su doctrina sobre los valores en "Axiología", *Obras*, Vol. I.

¹⁸ Estos escritos han sido reunidos por el Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de La Plata en *Problemas de la historia de las ideas filosóficas en la Argentina*, 1966.

¹⁹ *Verbum*, año XXI, Buenos Aires, 1928, p. 97.

²⁰ Lo he intentado en el libro ya citado *Cincuenta años*, etc., pp. 136-149. Véase Diego F. Pró, *Coriolano Alberini*, Valles de los Huarpes, 1960.

La filosofía

mejor lo expresa es en su artículo *Introducción a la axiogenia*. Va mucho más allá del positivismo. La filosofía no se reduce a la axiología o subjetividad, según lo afirmara Korn, sino todo lo contrario, es un producto intelectual irreductible a valor, base de un conocimiento objetivo. Tampoco el pensamiento, en contra de Bergson, es contrario a la vida, pues aun en la misma vida existen estimación y juicios selectivos. Adverso a todo relativismo, admite una objetividad racional, fundamento de la ciencia y de la filosofía.

Evidentemente, el paso que diera Alberini es mucho más decisivo que el de Korn. Ha quedado vencido aquel desvío o recelo por la metafísica; y el filosofar argentino, angostado por el positivismo, ampliósese al entrar en contacto con pensadores como Bergson, Renouvier, Blondel, Maine de Biran, Dilthey, Croce, Gentile, Hamelin, Boutroux y muchos otros. En parte de acuerdo con los positivistas, creía Alberini en la necesidad de aprovechar los valores y tradiciones vernáculos, sin dejar, por eso, de permanecer abiertos a sugerencias e ideas foráneas. “La filosofía —escribía²¹—, debe fomentar al convencimiento de que todo pueblo así sea el más humilde, ha creado y crea valores susceptibles de contribuir al enriquecimiento espiritual de la humanidad, y, lo que no es menos evidente, todo pueblo, aun el más grande y en el mejor de sus momentos, jamás ofrece intuiciones axiológicas completas, pues sus valores, con ser relevantes, no logran agotar las intuiciones posibles ni reemplazar los creados por otros pueblos”.

LA LECCIÓN DEL POSITIVISMO

Hoy el positivismo es un recuerdo; y nadie, incluso los simpatizantes con el materialismo dialéctico, aspiran a revalorizarlo. Fue, tal vez, lo adecuado, como reconoce Korn, en un momento de nuestro evolucionar cultural; pero, a la postre, hubiera sido antiprogresista detenernos en los moldes de un filosofar que limita los vuelos y las audacias del espíritu. Lo presentían los mismos adictos quienes, nacidos en una tierra de grandes posibilidades y arraigada en la libertad, buscaban más allá de las estrictas normas, excesivamente empiristas, a que parecían obligar los principios del sistema. Nuestros mismos positivistas, creo que es hora ya de que lo reconozcamos, prepararon la superación del sistema.

²¹ CORIOLANO ALBERINI: “La filosofía y las relaciones internacionales” en *Verbum*, Nº 69, 1927.

Hay reacción ante la terquedad o la negativa fanática a reconocer nuevas modalidades de pensamiento. No fue esta la conducta de nuestros positivistas, por lo menos los más prestigiosos. En la "Revista de Filosofía", fundada por Ingenieros, colaboraban incluso simpatizantes con el espiritualismo. En una carta a Zérega Fombona, enrolado al neoespiritualismo francés, le dice: "En ella, en la *Revista de Filosofía*, escriben idealistas, positivistas, espiritualistas, escépticos y teósofos, pero principalmente educacionistas; con esto deseo recordarle que la revista no es particularmente adicta a ninguna de esas viejas escuelas y sólo aspira a despertar el gusto por actividades mentales que no se limitan al campo de la ciencia estricta, ni al de la simple imaginación literaria". Quienes lo estudiaron imparcialmente no le desconocieron valores afirmativos, pero tenía que llegar un momento en que cediera el paso a ideologías menos terminantes que abarcaran en todas sus dimensiones las inquietudes del espíritu humano. Pero estas últimas no deben olvidar, como quería Alberini, lo histórico y concreto. "Si esto se olvida —escribe— entonces veremos que, a la postre, tanto el nacionalismo pasivo e imperialista, como el internacionalismo abstracto comprometen precisamente lo que pretenden defender"²².

GERMINAN FECUNDAS POSIBILIDADES

Sería erróneo, ya lo hemos indicado, reducir el período que corre entre 1880 y 1930 exclusivamente a una lucha, oscilación o crítica entre positivismo y antipositivismo. Gracias a esa antinomia y a otros factores, acontecidos dentro de la época mencionada, se fue preparando el prestigio, la diversidad y la expansión que logró el filosofar en el país. La solidez del filosofar posterior se debe, en gran parte, a la seriedad con que se analizó el positivismo que otrora fuera prevaleciente. Mencionaré, aunque no sea sino a la ligera, los acontecimientos de mayor relieve.

En 1896, superada una intensa oposición, se fundó en la Universidad de Buenos Aires la Facultad de Filosofía y Letras. El primer profesor de filosofía fue el Dr. Rodolfo Rivarola. Merece recordarse el discurso que pronunciara al hacerse cargo de la cátedra, pues en el mismo señala la amplitud y libertad requeridas por un verdadero filosofar. "El estudio de la filosofía —decía— reclama, más que el de cualquier otra ciencia, una alta y serena independencia de espíritu". Deben acompañarla la tole-

²² En el artículo citado en la nota anterior. Expresó análogos conceptos en su comunicación al primer congreso nacional de filosofía. Véase en *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía*. Universidad Nacional de Cuyo. Vol. I, pp. 62-80.

La filosofía

rancia y la seriedad, “con la verdadera aplicación del pensamiento a buscar la verdad”. Reconoce, incluso, a pesar del desprestigio en que lo tenían los intelectuales de la época, innegables méritos al escolasticismo “bajo un descrédito quizá inmerecido”.

Por iniciativa del Dr. José Nicolás Matienzo el Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata crea, a fines de 1913, la Facultad de Ciencias de la Educación (hoy Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación), pasando a funcionar como Facultad las secciones de Pedagogía, Filosofía e Historia —creadas en 1904— de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. El Poder Ejecutivo aprobó la creación de la nueva facultad por decreto del 30 de mayo de 1914. Su primer decano fue el profesor Víctor Mercante.

El carácter positivista de la facultad platense perduró durante varios años, aunque jamás se negó la posibilidad de que pudieran exponerse otras ideas (En 1921 se creó la cátedra de metafísica). Alejandro Korn fue el hombre que más contribuyó a esta amplia apertura, continuada por Francisco Romero, Eugenio Pucciarelli y varios otros.

En 1915 José Ingenieros fundó la *Revista de Filosofía*. A pesar de las abiertas simpatías de su fundador por el positivismo, invitó a colaborar en ella a hombres de ideas diametralmente opuestas. Ha sido, sin duda, la mejor en su género que ha existido en el país y, también, la que duró más tiempo. Desde 1923, Ingenieros compartió la dirección con Aníbal Ponce. Fue empresa de particulares entusiastas, carentes de apoyo oficial. El primer número apareció el 1º de enero de 1915 y el último en noviembre de 1925.

La vieja Universidad de Córdoba a pesar de su tradición escolástica careció de Facultad de Filosofía y Letras hasta muy cerca de la mitad de este siglo. Sin embargo, hombres como Martínez Paz, Martínez Villada, Saúl Taborda, Raúl Orgaz y Nimio de Anquín se distinguieron por sus preocupaciones especulativas en el primer tercio de la centuria —que es la etapa final de nuestro período— y contribuyeron al restablecimiento de estudios que prestigiaron a la Casa de Trejo en la época colonial.

La vocación filosófica en el país, en los dos primeros decenios del siglo, fue oscilante y confusa. Hemos señalado en otra oportunidad (*Cincuenta años de filosofía en la Argentina*) los primeros tanteos de superación, representados por Alejandro Korn; más firmes, objetivos y claros en Coroliano Alberini y con una plena liberación, incluso en el método, en Alberto Rougés y Alfredo Franceschi. A todos ellos hay que agradecerles

—decía—, y por todo esto sus nombres ocuparán un dignísimo lugar en la historia de la cultura argentina, el que hayan acuciado al estudio de las disciplinas especulativas.

Este despertar filosófico trae aparejado el deseo de ver en el país a algunos de los hombres que, en aquel momento, señalaban directivas a la cultura occidental. De los españoles, mencionaremos principalmente a Eugenio D'Ors y José Ortega y Gasset. “La presencia de Ortega y Gasset —dice Korn— en el año 1916 fue para nuestra cultura filosófica un acontecimiento”. El joven filósofo (tenía entonces 33 años) reveló aquí a Husserl, Max Scheler y a varios otros filósofos alemanes. Entre 1916 y 1920 se comenzó, pues, a dejarse sentir la influencia de la filosofía alemana especialmente por obra de Carlos Astrada —buen conocedor de Husserl, Heidegger y Max Scheler—, Francisco Romero —quien acentuó el interés por Dilthey y Nicolai Hartmann— y Alberini, que en 1930 frecuentó personalmente a algunos de los más célebres filósofos de Alemania.

Desde entonces la filosofía europea, en sus diversas escuelas, goza de plena consideración en el país. En la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y en otros centros culturales del país dieron conferencias Einstein, Ortega y Gasset, Langevin, Koehler, Maritain, Hans Driesch, Dessoir, Booglé, Severix, Roustan, Dumas, Janet, Blondel, Keyserling, García Morente, entre otros. Después de 1925 se produce una extraordinaria vigencia filosófica.

Sería, sin embargo, injusto desconocer la influencia que ha tenido en la expansión y profundidad de la filosofía nuestro positivismo, amplio y vigilante, y la crítica serena y selectiva que los mismos argentinos hicieron de esa corriente. Gracias a esta influencia positivista, depurada, el filósofo argentino, en general, busca comprender sus profundas raíces. Nos queremos conocer a nosotros mismos; conocer al ambiente, al mundo en el cual vivimos, sus últimos principios y razones, sin previos compromisos, con plena pureza original. Ardua tarea reservada para pocos; pero estos pocos no deben faltar. De ellos únicamente podría decirse que son filósofos.